

aventuras en las que no se encuentran más que disgustos y decepciones! La emoción del señor Baltasar es tan grande que hubiera caído enfermo si no fuera esto más que hechos de la vida cotidiana...

CAPITULO IV

Los acontecimientos adquieren a veces las apariencias de la peor novela de aventuras.

HABLANDO con propiedad, Baltasar no cayó enfermo, pero aprovechó una treva en sus ocupaciones para tenderse ante su tonel.

Tenía, por otra parte, un poco de fiebre, que Calabacita combatía con infusiones de plantas secadas por ella. Calabacita le tomaba el pulso, lavábale el rostro con agua tibia y le ponía en la frente compresas, a las que él prefería la mano fresca y calmante de la muchacha. Con frecuencia le mecía con palabras cuchicheadas al oído y que probaban hasta qué punto conocía ella la naturaleza de su amo y aprovechaba sus enseñanzas.

—¡En qué estado le ponen las emociones fuertes, señor Baltasar!—decíale ella con des-

fallecida voz y contemplándole en éxtasis—. Su fiebre me desespera y tengo ganas de llorar. Cállese, se lo suplico. Vigile el impulso de su corazón. Hay que conceder la menor importancia posible a los fines que se persigue, con el fin de que el éxito o el fracaso no le sacudan demasiado profundamente.

Empleaba las expresiones del profesor, y le parecía a Baltasar oír su misma voz dándole consejos y marcándole los límites fuera de los cuales no hay más que aventuras y peligros para los impresionables de su especie.

—Tienes razón—decía a Calabacita, mientras examinaba con ella el gracioso rostro de Ernestina Henrioux.

Del bolsillo y de los títulos, ni una palabra. Ya no pensaban en ello ni habían sentido la curiosidad de establecer la cuenta exacta. Una vez hundido en las profundidades de la cartera, tras los cepillos y las cajas de betún, aquello no representaba para Baltasar más que la principal condición de las impuestas por el señor Carlos Rondot. El día que se volvieran a ver, ¿de qué peso no sería un tal argumento?

—¿Cree usted que la señorita Violante le hará feliz?—preguntaba Calabacita, temblan-

do—. ¿Sabrá ella arreglar sus cosas, prepararle el café y protegerle contra un cúmulo de pequeñas dificultades que le molestan y le turban? Me moriría si no fuera digna de usted.

Los términos que Calabacita empleaba eran la expresión de sus sentimientos profundos; pero a Baltasar le parecía muy natural todo lo que Calabacita le podía ofrecer; para hablar más propiamente, diremos que no prestaba atención.

Una mañana recibió de la señorita Rondot el siguiente mensaje telefónico:

“Venga sin perder segundo. Estaré en mi gabinete. Su prometida.”

Baltasar mostró el mensaje a Calabacita. Esta no dijo una palabra y desenvolvió de su papel de seda la levita: el sombrero de copa fué sacado de su caja, junto con el único guante amarillo manteca.

Por tres veces ajustó la blanca corbata de Baltasar y después le contempló de pies a cabeza. Un joven dios de la mitología no le hubiera parecido más bello ni más elegante. ¿Cómo hubiera podido no amarle la señorita Violante?

Marcháronse juntos. En el jardín de Batignolles, instaló a Calabacita y su cartera en un banco.

—Espérame aquí. Supongo que Violante ha obtenido la victoria, puesto que se intitula mi prometida. Pero de todos modos no puedo ir con el dinero. Vendré a buscarlo.

Como el señor Rondot salía todas las mañanas, no dudaba un instante de que la entrevista sería de carácter íntimo, y así, dijo a la criada que acudió a su campanillazo:

—La señorita está en su tocador, ¿verdad?

—Creo que sí, señor.

Conocía bien la casa por haber dado a Violante lecciones de filosofía cotidiana; tenía que atravesar el comedor. Entró prestamente y quedó como petrificado: el señor Rondot, de regreso más pronto que ordinariamente, se hallaba desayunando.

El asombro de Carlos Rondot fué tal, que quedó con el tenedor en alto, el rostro empurpurado y los labios agitados por un balbuceo:

—Usted... ¡usted!... ¡Le he prohibido!... ¡Usted no es más que un...!

Baltasar rechazó el saber qué es lo que era. Extendió el brazo sonriendo como si quisiera decir:

—¡Alto... nada de palabras gruesas o... tendrá que arrepentirse!

—¡Usted no es más que un...!

El brazo extendido de Baltasar parecía insistir:

—Un poco de paciencia... ¡voy a satisfacer a usted!

Pero comprendiendo que le habían sorprendido y que no podía mostrar la carta de Violante, exclamó sin más preámbulos:

—¡He hallado a mi padre!... ¡Tengo un nombre... fengo dinero!

Carlos Rondot, que había conseguido levantarse de la silla que ocupaba, avanzaba con lentitud hacia Baltasar como una fiera salvaje que va a saltar sobre su víctima. El joven se apresuró a poner obstáculos entre ellos.

—¡Mucho dinero!... ¡Mucho!... ¡Y un gran nombre!... Con derecho a permanecer cubierto...

El señor Rondot se hallaba junto a él; sus puños crispados rozaban la barbilla de Baltasar; al fin dijo, rojo de cólera como si hubiera hallado la frase exacta:

—¡Lo que es usted es un pillastre de primera!

Baltasar vaciló; el señor Rondot tenía una manera muy particular de desarmarle por medio de expresiones inesperadas.

—¿Qué significa, caballero?...

—¡Un pillastre de primera, lo repito! Un in-

dividuo que hace ocho días iba con los calzones rotos y que se alaba de tener mucho dinero, es un pillastre de primera.

—Puedo asegurar a usted que mi padre...— comenzó Baltasar.

—¡Yo me río de su padre!

—El nombre que llevo...

—Yo me río de su nombre. Para mí sólo es usted el sinvergüenza Baltasar, y, como tal, buscado por la policía...

El profesor tuvo un sobresalto:

—¿Eh? ¿Qué se atreve usted a decir?

—¡Buscado por la policía!—vociferó Carlos Rondot—. Dos inspectores han venido esta mañana a pedirme detalles sobre usted, caballero, y les he dado su dirección: "Villa de las Danaides", y van a darle caza como a un pillastre que es usted...

Baltasar se encogía un poco más a cada insulto. Ante el empuje frenético de su enemigo, iba retrocediendo hacia la puerta del fondo como si prefiriera las esposas de la policía a la cólera de Carlos Rondot.

—¡Papá! Te suplico que no toques ni a un solo cabello de mi prometido...

La puerta se había abierto y aparecido Violante tranquila y mejestuosa.

Ni por un momento dudó Baltasar de que

la cólera de Carlos Rondot no cayera por entero sobre la intrusa, y este pensamiento le dió un gran consuelo, por verse libre momentáneamente. ¡Ni uno de sus cabellos sufriría el menor daño! ¡qué tranquilidad! Pero se dió cuenta una vez más de que las cosas suelen suceder al contrario de nuestras previsiones; Carlos Rondot, súbitamente desarmado y fuera de combate, bajó la cabeza como niño cogido en falta, y Violante, a quien la asiduidad a la Comedia Francesa ennoblecía sus ademanes distinguidos, tendió una mano a su prometido, quien se asió a ella como a una tabla salvadora.

—Baltasar—dijo con la magnífica sonoridad que siempre daba a las tres sílabas—; Baltasar, ignoraba que estuviera aquí mi padre y acabo de oír el ruido de la discusión. Perdonadme y no me guardéis rencor, pero os ruego tengáis en cuenta la advertencia que os ha hecho. ¡Estáis bajo la amenaza de una detención inminente!

—Pero si eso es imposible, señorita—gimió trastornado.

—Baltasar, esta mañana mi padre ha dado vuestra dirección—y por esto la conozco—a dos inspectores que le interrogaban sobre vos. Desde la ventana de mi habitación

podéis verles en la calle. Os han seguido.

—Pero ¿por qué?

—He creído comprender, Baltasar, que se trata de vuestras relaciones con el asesino Gourneuve y con la banda de los "Mastropies" y que tienen la misión de llevaros a la Prefectura de Policía.

—¡Gourneuve!... ¡Los Mastropies!... ¡La Prefectura de Policía!... ¡Ah, estoy perdido! exclamó Baltasar temblando.

—¡Estáis salvado!—gritó ella en el mismo tono victorioso con que anunciaría a Hernani que estaba libre—. Los almacenes de mi padre tienen una salida secreta que da a una calle vecina. ¡Seguidme, Baltasar!...

Y ante los ojos de Carlos Rondot, que no había aventurado ni un murmullo de protesta, se alejaron como dos amantes de teatro, que enlazados y lentamente se dirigen hacia el felón de foro.

De esta forma atravesaron el comedor, luego el vestíbulo, después los pasillos alumbrados por gas y en donde sus sombras se reflejaban en el techo. Una puerta de servicio les detuvo.

—Tu frente, Baltasar.

Baltasar se quitó el sombrero y una granizada de besos cayó sobre su cabeza.

Luego, con amplio ademán, Violante descubrió el cerrojo.

—Parte...

La palabra y el movimiento que la acompañaba estaban impregnados de tal solemnidad, que toda otra frase de despedida hubiera aminorado la grandiosidad del adiós.

Al verse en la calle, Baltasar ni siquiera volvió la cabeza. Respiró a pleno pulmón el aire embriagador de una libertad que había estado a punto de perder. Con la cabeza levantada y el pescuezo fuera del cuello planchado, sólo veía del espectáculo de las calles la faja azul del cielo tendida sobre ellas.

En la plaza de Batignolles se unió a Calabacita. Estaba pálida como si su vida hubiera estado en juego.

—La policía me busca; "Las Danaides" deben estar cercadas—dijo Baltasar, evocando de este modo el bloqueo de una ciudadela por un ejército.

—¿Cercadas?

—Sí; tomemos el primer tren...

—Pero...

—Pero ¿qué? ¿No tenemos todo lo necesario en tu cartera?—dijo Baltasar, quien había visto salir tantas cosas de aquella cartera, que

le parecía inagotable en provisiones de todas clases—. ¡Vamos!, ¿estás lista?

Ella estaba siempre dispuesta a seguirle al fin del mundo. Pero Baltasar no se movió del sitio, y Calabacita, siguiendo la dirección de la mirada, vió que estaba fija en un individuo de espeso bigote y aspecto hosco que se dirigía hacia ellos.

—Aquí está uno de los inspectores—dijo entre dientes—. El señor Rondot ha traicionado a su hija y los ha puesto sobre mi pista.

Su convicción era tan grande, que anunció en voz alta:

—Es a mí a quien busca usted, ¿verdad, señor inspector? ¿Es a mí, a Baltasar? Estoy a su disposición. ¿A qué resistir?

La batalla estaba perdida; el heroísmo de Violante no había podido salvarle. Cómplice del llamado Gourneuve, afiliado a la banda de los Mastropies, sentía gravitar sobre su cabeza todas las potencias del universo y se asombraba de no llevar ya en el tobillo el grillete de los forzados.

El inspector, hombre de pocas palabras, no creyó oportuno dar explicaciones que no le pedían. Calabacita hizo detener un auto, donde se instaló en la bigotera, después que hubieron tomado asiento los dos hombres. Ja-

más le pareció Baltasar tan admirable como durante aquel trayecto. Dueño de sí, insensible a todas las pequeñas asechanzas de la mala suerte, que sin duda reducía a sus justas proporciones de hechos cualesquiera, se interesaba por los espectáculos de las calles, criticando la imprudente marcha del chófer. Calabacita, con los ojos húmedos, le besó las manos.

En la Prefectura subieron al segundo piso.

—Bájese el sombrero y súbase el cuello de la levita.

—¿Para qué?

—Porque siempre hay fotógrafos a la puerta.

—¿Y qué?—dijo Baltasar con aire de desafío—. Verán cómo se conduce un hombre honrado.

—¡Ah, señor Baltasar!—dijo ella—, es usted superior a lo que yo creía.

El joven se irguió; hubiera posado ante todos los aparatos del mundo, pero aquel día no había ni un fotógrafo. Un ujier les recibió y los introdujo en un suntuoso despacho, ornado con una mesa de ministro, sobre la cual se inclinaba una cabeza magníficamente peinada.

—Asunto Baltasar, señor director.

—Hágales tomar asiento—dijo la cabeza—.

¿Mi copa de Oporto está aquí, José?